

EL PACIFICADOR.

NUM. 1.

MIÉRCOLES 25 DE JUNIO DE 1834.

TOM. I.

INTRODUCCION.

La República mexicana se acerca a uno de aquellos periodos, que vemos en la historia de los pueblos, en que separándose estos de los principios comunes que arreglan los negocios humanos, se dejan arrastrar por el torrente impetuoso de las pasiones para ser conducidos al precipicio donde inevitablemente deben perecer. En tales periodos todos los motivos anteriores de accion pierden su resorte: preocupaciones nuevas añaden nueva fuerza á las añejas; los afectos mas caros del alma se confunden con las inspiraciones de un entusiasmo equivocado: se pervierte el carácter de la juventud y hasta la madurez de los años desoye las lecciones de la esperiencia. De tales periodos en la historia tenemos ejemplos reiterados. Tarquino en Roma comienza una era de agitaciones que al cabo de los tiempos termina con la muerte de Cesar. A los escesos de la tirania suceden los trastornos de la ambicion democrática: el pueblo receloso del poder de los grandes, se resiste á la gloria de ser conducido por ellos; las invencibles legiones retroceden de sus conquistas, y sus triunfos los sumergen en los horrores de una guerra fratricida. Roma fatigada de las matanzas y empobrecida con las proscripciones, se ve forzada á buscar en la proteccion de los Césares una seguridad que no sabia encontrar en los baivenes de una libertad tempestuosa. Ni las armas de los bárbaros, ni los límites de la tierra, fueron bastantes á contener la marcha victoriosa

de las legiones; los celos de la nobleza y las pasiones de los tribunos la detienen: el roce de la ambicion popular con el poder militar destruyó en muy pocos momentos los trabajos de siglos enteros. El recuerdo de los males que habia causado el desenfreno popular hizo odioso el nombre de libertad: para cuya subversion no fué necesario un milagro de la providencia; las demasias del pueblo y las pasiones de los grandes barrenaron la obra maestra de la sabiduria.

En tiempos mas cercanos de nosotros vemos iguales ejemplos. La revolucion francesa es otra prueba del alucinamiento que por intervalos suele dominar á toda una nacion. Una subversion repentina de ideas, acarrea súbitamente la del estado; relajas las riendas de la autoridad soberana, se les sustituye como freno la licencia de las costumbres y la insolencia de la irreligion: se trastornan las leyes; los tribunales se aniquilan, la industria perece y con ella se aumenta el apego al trabajo; y el erario es botin de cuantos se lo disputan; en una palabra, los franceses de la revolucion sumergidos en olas de sangre y dueños de un campo de devastacion, hallaron su desengaño en una *anarquia civil* que desapareció cual humo al primer asomo del *Despotismo militar*.

Estos dos ejemplos, delineados con la rapidez que conviene á nuestro intento, no son una estéril ostentacion historial: son el tema de una serie de observaciones que provoca la situacion actual de esta parte interesante de la tierra: es el cuadro que debe



los americanos, para recordarles que de la *anarquía civil* media un solo paso al *despotismo militar*, y que para evitar esto fuerza es caminar con cautela, en las sendas misteriosas de la revolucion, sin traspasar las verdades tranquilas y prósperas de una libertad justa y racional.

Ninguno duda que aquellas se han traspasado ya: los desastres y las calamidades experimentadas de unos años á esta parte, que conmueven la sensibilidad, son pruebas tangibles de ese alucinamiento que nos ha traído al borde de la sima en que nos vemos abismar: son los monumentos tristes, y quiera Dios que instructivos, de un ardor indiscreto, de una intemperancia de consejo, de una imprevision, excusable si se quiere; pero nunca laudable, y que en vista de sus frutos es forzoso combatir. Apartémos los ojos de nuestros extravíos: ahorrémos este bochorno á nuestra delicadeza; pero prevengámos sus resultas con la contemplación de los excesos cometidos por las naciones que nos sirven de ejemplo. La Francia en el momento en que encarecia los bienes de una libertad ecsagerada, relajaba las riendas de la subordinacion, en que traspasando los limites de lo lícito, libraba su suerte en especulaciones extravagantes y presuntuosas; y en fin, cuando trocando los frenos de la sociedad, desmoronaba todo su edificio: en lugar de sacar ganancias efectivas, adquirió calamidades evidentes, y en vez de arraigar la libertad la desopinó, y ella engendró aquella política sombría y suspicáz de tiranos armados, que convirtieron la Europa toda en teatro de despotismo. Verdad es que un espíritu ilustrado pudo, desde su principio, preveer la causa de tantos desaciertos y precaver su influjo, ascendiendo al origen del mal, que en la revolucion que nos ocupa residió en la organizacion de su primera constitucion: así nosotros,

amaestrados por la esperiencia, si ascendemos á la consideracion despreocupada de nuestra institucion, de una institucion de la cual uno de sus propios autores, uno de los personajes que han figurado en el drama de nuestras desgracias, dice que: *„es una copia testual de nuestros vecinos del norte.....y de articulos literales de la constitucion española”* una constitucion que ofrece un choque continuo entre las doctrinas que se profesan, las instituciones que se adoptan, los principios que se establecen, y entre los abusos que se santifican, „.... &c. &c.” Si ascendémos, repetimos, al imparcial ecsamen de aquella constitucion, y si de ella como manantial de las reglas sociales, descendemos á todas sus ramificaciones, ¿no hallarémos en aquella, ó en estas algun hueco por llenar, algun vicio oculto que la hace abortiva?

..... ¡Esa linea de demarcacion, que debe separar de un modo tan absoluto y especial, las atribuciones de unos y otros poderes, para mantener el equilibrio en el nuevo órden social, está perfecta y equitativamente trazada? ¡Es cierto que las armas no mandan; que no imponen silencio á las leyes? ¡Ese cúmulo de cuestiones frívolas que han ocupado á las legislaturas generales y de los estados, desde el primer congreso constitucional, que tanto abultan nuestro código de legislacion, ruedan todas sobre derechos positivos, y no sobre disposiciones instantaneas del ánimo, ó intereses no identificados con los generales de todos los ciudadanos? ¡En la institucion de la imprenta, en la del jurado, en la esencia misma de representacion, bajo el aspecto electoral y representativo, no hay vicios, no hay abusos? ¿no está en ellos y no en los hombres, como se pretende, el gérmen de tantos desconciertos?..... No tendremos la presuncion de asegurarlo; pero si,

prometemos hacer de su examen asunto de nuestra tarea. Arrimados á la misma institucion que vamos á analizar, como á la única arca santa de la salvacion de la república, descorrerémos el velo á los abusos sin desacato al objeto de nuestra idolatria: investigarémos si los que gobiernan, remedian la indigencia del país, introduciendo un sistema de economías que salve á la nacion de una bancarota bochornosa: si la administracion despues de reservar lo muy preciso para la dotacion de los empleados necesarios, invierte los sobrantes en mejorar aquellos ramos que dan desarrollo á la educacion, á la agricultura, á la industria y á la prosperidad del país: si el régimen fiscal no es todavía un lazo echado al comercio extranjero, y un semillero de desmoralizacion, mas bien que un medio justo de contribucion: investigarémos pero ¿qué departamento de la administracion pública no presta motivo á la censura? Lo repetimos, los examinaremos todos y los examinaremos con la calma y detenimiento de la imparcialidad: la razon será nuestra guia: la utilidad comun y las necesidades actuales de esta sociedad, el criterio que nos ha de conducir. La tarea es difícil; la carrera arriesgada, porque son muchos los abusos y muchos mas los interesados en su perpetuidad: pero es preciso aprovechar la ocasion, y en verdad que ninguna puede ser mas propicia que aquella en que el entusiasmo de la revolucion pide reformas, y cuando el mismo órgano del gobierno las juzga indispensables.

EL PACIFICADOR.

MIÉRCOLES 25 DE JUNIO DE 1834.

Antes de entrar en el examen crítico del sistema federal, cual le ordena la constitucion mexicana, conviene discutir como preliminar indispensable el

de estos dos remedios: 1.º *Dar mayor fuerza al centro*; quitándosela á la circunferencia: 2.º *O vice-versa, despojarle á aquel de gran parte de la suya para dársela á la circunferencia*, se debe tomar por base en las reformas que se proyectan. Esta dificultad, que podrá parecer insuperable á los géneos asustadizos, es de fácil solucion, tanto que no se necesita apelar á la discusion fastidiosa é hipotética de los principios, ni á la metafísica del arte del gobierno para resolverla: nada de esto, se resuelve sencillamente por la historia, por los hechos, por las necesidades de la sociedad. Esta especie de argumentos son irrecusables, y además tienen la ventaja de que despojando á las cuestiones de esta clase, de su natural aridez, las hacen mas inteligibles y menos desagradables.

Mas como la decision de este asunto depende, en gran manera, de la preponderancia que ha tenido uno de los dos partidos beligerantes sobre el otro, en todo el curso de las desavenencias de la república; y que en nuestro discurso se haya de distinguir á estos por alguna denominacion especial, protestamos evitar la de *escoceses* y *yorkinos*, que en nuestro sentir, no han contribuido poco á los males públicos, y las que convendria borrar cuanto antes y para siempre del Calepino de la república. Por la misma razon desecharémos las distinciones de *aristócratas* y *domócratas*, pues si hemos de ser lógicos y observar la imparcialidad prometida, es preciso confesar que ni la una ni la otra de esas dos denominaciones pueden tener aplicacion en en esta república. No puede tenerlo el de *aristocracia*, porque ni gramatical ni politicamente hablando, puede existir una aristocracia en el estado que de colonia pasa súbitamente á ser república: no puede gramaticalmente, porque el libro grande que fija el sentido de las palabras, así esplica la de *aristocracia*.—*Gobierno en que intervienen solo los nobles; como en Venecia, Genova &c.* Es el medio entre la monarquía y la democracia; y que en nuestro gobierno no intervienen *solo* los nobles, es tan claro que Madrid registran las nóminas abultadas

de los que hasta ahora han tenido la gloria de *legislar* para esta venturosa nación, acaso no se hallarán tres *solos* nombres, en las susodichas abultadas nóminas, de los que *impropiamente* se conocen por *nobles* en este país. Que no es *medio*, es igualmente claro, puesto que no puede haber medio donde faltan los extremos. Tocante á la voz *democracia* puede hacerse igual demostración; porque sin mas que consultar el precitado diccionario, hallamos que la democracia „es *gobierno popular*,” y que desde el día de su invención hasta ahora el gobierno de México no ha sido *popular*, lo indican sobradamente esa infinidad de *planes*, *pronunciamientos*, *decretos de legislaturas* proscribiendo los de sus anteriores como ilegales en su elección, que por haber invalidado y anulado el derecho mas definido y el ejercicio mas solemne de la soberanía popular, han probado que no ha habido tal *democracia* ó *gobierno popular*, que lo que ha habido ha sido demagogia, anarquía, y haciéndolo mucho favor una oligarquía mal entendida.—Ratificada esta protesta, que como se echa de ver nace de nuestra estremada desconfianza, decimos que para tratar la cuestión que hemos propuesto, nos valdrémos, como de término de comparación, de las voces *ricos* y *pobres*: cuyos duosilabos á la ventaja de ser mas inteligibles, reúnen la muy importante de designar á lo vivo lo que se quiere decir; y si nó ¿de qué otro modo se esplican esas anomalías que aparecen en todo el curso de la revolución? „Que los *ricos* han querido conservar y aumentar rápidamente lo que tenían, y los *pobres* adquirir del mismo modo lo que no tenían:” ese es el gran misterio, la llave de la revolución, y por lo mismo esas denominaciones se deberán usar por cuantos hagan alarde de *puristas*. Por otra parte, la obligación en que nos hallamos, como escritores de conciencia, de no subvertir ni alterar el significado de las voces, como ha sucedido con las de *libertad*, *igualdad*, *federación*, *institución*, *constitución*, *religion*, y demás acabados en *on*, que sirven de comodín á los que aspi-

ran á vivir de laON.... nos ha forzado á hacer esta digresion fastidiosa, por la cual pedimos perdon á nuestros lectores, para entrar en asunto, como lo harémos en el número siguiente.

En la Gazeta de Santa-Anna de Tamaulipas, (a) Tampico, de 9 del que rige, sus editores al recomendar como muy importante y necesaria la lectura de un librito que acaba de publicarse en esta capital, con el título de *Sumario del Derecho Popular*; entre otras observaciones hacen una, que nos parece digna de la mayor publicidad, y es esta.

„¡Pero!...Ojalá que se vea algun nuevo milagro en los derechos y en las obligaciones populares, ejecutado por mexicanos vestidos de paño *sedán*, y que viven de palacio. Es una cosa curiosísima preguntar á los niños, criados y gente de casa de la mitad de los domiciliados en México: ¿En donde está tu amo, tu padre, tu tío, tu hermano? Contestan: Deben estar en palacio; estará en palacio; debe venir de palacio.—¡Ah! El ministro no puede hacer nada sin él; ayer vino de palacio á las 5 despues de haber ido y venido de palacio á lo menos diez veces; ¡ah! hay tanta bulla en palacio que no se puede venir al cabo de nada!... Llegan los niños y preguntan á su madre: ¿Papá á vuelta de palacio? La madre contesta: bien lo sabes que no puede venir tan pronto de palacio. Ha ido á palacio á las 7, á las 9 á palacio, á las 10 á palacio, á las 2 á palacio otra vez, ya dieron las 4 está aún en palacio; quien sabe cuando vendrá de palacio, porque como voy á palacio, hay mucho que hacer en palacio.

AVISO.

La imprenta del Puente de Palacio y Flamencos, toda nueva, se traspasa con una rebaja considerable.

MEJICO.

Impreso por Juan Ojeda,
Puente de Palacio y Flamencos núm. 1.

1834.

